

GEORGES WARD

NATURALES

Joaquín Lledó

Desde el origen estamos atrapados en la belleza, que nos envuelve como un manto, estrellada bóveda celeste, lujuriosa diversidad de la biosfera: la naturaleza, abriéndose en las mil configuraciones que la vida toma, mas trabada en mistericas geometrías. Porque la belleza nos envuelve, pero también nos llama, es cosa a descubrir, diana de nuestros desvelos.

Buscador de belleza. Eso es lo que es, en primer lugar, nuestro pintor. Un titán empeñado en traer la belleza a este pobre mundo. Ya pintor maduro, pleno, pero todavía en ebullición, con una obra en gestación en la que continúa trabajando incesantemente, desarrollándola y perfeccionándola. Ejemplo de ello es por ejemplo su reciente *Polvo de diamante*, ese melancólico paisaje nevado salpicado de plantas heladas y ajadas de tan compleja y sabia factura. La precisión entomológica con que Ward identifica, describe y recrea los insectos y las flores, podría hacernos creer que nos hallamos ante un pintor de flores, como si dijéramos un Arellano contemporáneo, o que se trata de un heredero de aquellos geniales maestros flamencos de tan famosos bodegones de plantas e insectos. Pero en realidad Georges Ward es antes que nada un pintor de nuestros días. Sus pinturas expresan una filosofía y unos intereses

respecto a la naturaleza que son los nuestros, que hablan nuestro lenguaje. Eso no quiere decir que en su obra no haya ecos de la de otros pintores, afinidades. Las hay. Y a veces son muy fecundas. Como por ejemplo la de Martin Johnson Heade, a quien se refiere el propio Ward, que le dedica una serie de obras en su reciente trabajo. Influenciados por los escritores ingleses, especialmente por la obra teórica de John Ruskin, que aconsejaba una y otra vez servirse de la naturaleza como modelo y pedía cuidar con rigor cada uno de los matices, cada uno de los detalles de ésta, los artistas americanos del grupo de Martin Johnson Heade, como hace Ward, usarían esta atención escrupulosa por el detalle, que podríamos considerar naturalismo, para recrear atmósferas que tendrían siempre algo de ensoñación. Del mismo modo, como decía Antonio Colinas, en Ward hay irracionalismo ensoñador, pero a la vez vigoroso hiperrealismo.

La naturaleza, permitiendo al hombre vislumbrar una posible armonía con el mundo que le rodea, facilita las ensoñaciones, pero también propicia las meditaciones fecundas, lo que la convierte, en definitiva, en la patria natural de la utopía, de la innovación. El filósofo Gaston Bachelard, en su ensayo *El agua y los sueños. Ensayo sobre la imaginación de la materia*, citaba un pasaje de *Narciso*, una de las obras claves del crítico Joachim Gasquet, en la que este último afirmaba: "El mundo es un inmenso Narciso que se está pensando". En su reflejo, en su "anarcisamiento", el mundo descubre su belleza y reflexiona sobre ella. "Parecería entonces", comentaba Bachelard, "que la naturaleza

contemplada ayuda a la contemplación, que contiene ya los medios de contemplación".

Contemplación atenta, desvelada e intrigada. Porque en realidad la embriagadora sinfonía de colores de la obra de Ward nos transmite un mensaje en una lengua de la que sólo tenemos rudimentarias nociones. Como la naturaleza, el color es un enigma que guarda un secreto. Newton y Goethe le dedicaron célebres ensayos y, más cerca de nosotros, Wittgenstein le dedicó su último trabajo, las *Observaciones sobre los colores*, en el que, viendo que el color no era una materia, una imagen o una sensación, llegaba a la hipótesis de que, en definitiva, quizás el color no era sino un juego del lenguaje. Como para las flores y los insectos, un erótico logos.

Como la superficie del agua, el lienzo, al mismo tiempo que refleja el espectáculo del mundo exterior, nos revela una hondura en la que mora la raíz de la visión amorosa. Como decía Antonio Machado: "Que tú me viste hundir mis manos puras/ en el agua serena,/ para alcanzar los frutos encantados/ que hoy en el fondo de la fuente sueñan".

Pensaban los ilustrados ingleses que la exquisita belleza de la naturaleza debía dulcificar las costumbres a través de los sentidos e incluso que la experiencia sensible debía convertirse para los hombres en algo tan importante como la razón, pues consideraban aquellos caballeros que la naturaleza era la sede de un poder moral, que se manifestaba por un lado en la

armonía universal del cosmos y, por otro, en la naturaleza humana, es decir, en la naturaleza moral del hombre.

Empeñado en la imprescindible y fascinante empresa de intentar acceder a los arcanos de la belleza, al conocimiento de ese misterioso y mágico vínculo que une a todas las cosas, el trabajo de Georges Ward no solo nos seduce, nos atrapa con facilidad, sino que nos hace meditar, reflexionar. En definitiva, los suyos son lienzos que detienen la embestida de nuestra desasosegada atención y nos permiten percibir el impulso amoroso que anima a todas las cosas. Como un bálsamo para una época como ésta, en la que el espíritu parece perdido, incapaz de dar respuestas o elaborar nuevos sueños. Así son estas pinturas. Como un bálsamo.

Llevar la naturaleza en el corazón. Llevar siempre en nosotros tanto su belleza, que en ella logra una perfección que no excluye la promesa de aún más bellos frutos, como sus misterios, pues es milagrosa botica que en realidad apenas conocemos, y la sabiduría que nos proporciona no hace sino acrecentar nuestra curiosidad. Vivir en la naturaleza. Buscar el jardín en el infierno del mundo. Guerrear por él contra el desierto. Buscar la belleza teniendo perennemente una cita con el jardín. Llevarlo en el corazón, como llevaba Robinson en el suyo las costumbres de su tierra, y así pudo desarrollarlas en su solitaria isla.

En definitiva, lo que hace Georges Ward es invitarnos a emprender el más apasionante y maravilloso de los viajes. Como en su espectacular y alucinante

vídeo, *Thought the tunnel*, en el que además de descubrir una vez más la exquisita minuciosidad de su pintura, los centenares de especies representadas, se nos hace evidente que, como decía Gottfried Leibniz, cada porción de la materia puede ser concebida como un jardín lleno de plantas. Pero cada rama de la planta, cada gota de sus humores, es, a su vez, un jardín semejante.